



Mis queridos Carlistas, *carissimi Mieì concittadini*:

Al visitar esta Capilla Real os pido que hagáis un paréntesis en vuestras preocupaciones personales y las que son propias de este momento histórico, tan complejo, y que vuestros pensamientos, vuestro afecto y vuestra oración se dirijan a Dios para dar gracias por los miembros de Mi Familia que aguardan el momento de la Resurrección en esta Villa Real de Viareggio, tan querida por todos Nosotros.

Por nuevo que nos parezca, el drama de injusticias, guerras, ilegalidades, exiliados y destrucción que estamos viviendo no es nuevo ni en la Historia ni en la Causa, ni siquiera en Nuestra Familia, que los ha conocido tanto en España como en Parma y sus estados anexos. Por eso, estos Reales restos que ahora contempláis son el testimonio de una vida ejemplar dedicada a la fidelidad a una causa: la de la legitimidad, la de las libertades, la de la dignidad.

Permitidme que por un momento me detenga en la figura de Mi predecesor, el Rey Don Jaime III y Mi abuelo, el Rey Don Javier I, por quienes, a través de Mi añorado padre Don Carlos Hugo, he recibido la responsabilidad histórica de los derechos dinásticos a las Coronas de España y de Parma.

Don Jaime recibió de su padre esa misma herencia en los tiempos del cambio de siglo, de la industrialización y de los liberalismos. Hijo de SMC Don Carlos VII y sobrino de SM el Duque Don Roberto I de Parma, participó en la Guerra Ruso-Japonesa, y tuvo que presenciar las numerosas guerras que asolaron luego sus antiguos territorios. ¿Cuál fue su respuesta? La serenidad, la confianza, la fe, que nada tienen que ver con la destemplanza, el inmovilismo o la desesperanza.

Considerando que un soberano se debe siempre al servicio de su pueblo, al que debe servir con una vida ejemplar, supo combinar el

activismo militar, que era el único instrumento internacional disuasorio previo a la Sociedad de Naciones, con el debate intelectual, consciente de la importancia de los medios de comunicación para crear el consenso social. Saberse exiliado, fuera de su patria, y ser víctima de una injusticia histórica, le llevó a impulsar diversos medios de comunicación, ya que sólo desde el conocimiento surge la amistad, que es el cimiento de la convivencia, como hoy nos recuerda el Papa Francisco con su concepto de “amistad social”.

En el ejercicio de su soberanía renovó el Carlismo para hacerlo entrar en el siglo XX, tal y como nos corresponde a Nosotros, para que en el siglo XXI tenga su misma significación histórica y de servicio a la sociedad.

En las postrimerías de su vida autorizó el matrimonio de Mis queridos abuelos, SMC Doña Magdalena de Borbón-Bousset y SMC Don Javier I de España y de Parma, de quien había sido padrino de bautismo, y quien a su vez lo fue Mío.

No en vano, en 1923, SMC el Rey Don Jaime III quiso fundar la Real Orden de la Legitimidad Proscripta para distinguir a aquellos miembros de su pueblo que más se habían destacado manteniendo la confianza en tiempos de incertidumbres, la esperanza en tiempos de desolación y la generosidad en tiempos de egoísmo. No cedió ante el liberalismo ni ante el comunismo. Desde su posición de Abanderado del Carlismo, afirmó el poder como servicio, la monarquía como pacto y la política como diálogo, siempre en el marco de la trascendencia.

Tomando ese testigo que pasa de generación en generación, doy gracias a Dios por sus vidas y os pido que sean para todos nosotros modelo de comportamiento. Frente a la injusticia, siempre la legitimidad. Frente al escándalo, siempre la ejemplaridad. Frente al abuso de la fuerza, siempre el diálogo.

CARLOS JAVIER

Duque de Madrid

Duque de Parma, Piacenza y Estados Anexas